

Epílogo ¿Una teoría social para el siglo XXI?*

* Ponencia presentada al xivº Congreso Mundial Asociación Internacional de Sociología (Montreal, Canadá, 1998).

Introducción: un fin de siècle antiteórico y su impacto sobre la teoría social

No sólo hay un malestar en la cultura, actualizando a fines del siglo xx con rasgos aún más marcados el diagnóstico que Sigmund Freud esbozara en los albores de la década del treinta. En el campo de las ciencias sociales también hay un "malestar en la teoría y con la teoría", especialmente con aquéllas que, siguiendo las huellas de la tradición clásica, persisten en su empeño por tratar de explicar el movimiento de la sociedad en su conjunto. En el clima ideológico actual, dominado por la embriagante combinación del nihilismo posmoderno con el tecnocratismo neoliberal, las teorías de la sociedad suscitan el fastidio y, a veces, hasta el desprecio de muchos científicos sociales. Las teorías –cualesquiera que sean– han caído en desgracia y cualquier principiante o diletante se atreve a fulminarlas bajo la acusación irredimible de no ser otra cosa que obsoletos "grandes relatos" novecentistas, merecedores de la calma acogedora de los museos. Este descrédito sin precedentes de la labor teórica está relacionado con un conjunto de factores: (a) la crisis de lo que podríamos llamar, de un modo un tanto heterodoxo, "la forma universidad" como marco institucional en el cual se llevan a cabo las tareas de enseñanza, aprendizaje e investigación en las ciencias sociales; (b) el creciente papel que, al menos en los capitalismos periféricos, asumen instituciones noacadémicas como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, los gobiernos y ciertas fundaciones privadas en la elaboración de la "agenda" de investigaciones de las ciencias sociales y en el cada vez más laborioso financiamiento de las mismas; (c) el lastre antiteórico del saber convencional, potenciado por las exigencias del mercado de trabajo de los científicos sociales que premia el conformismo y las actitudes "pragmáticas y realistas" y castiga con el desempleo el espíritu crítico y la inclinación teórica; (d) la deplorable gravitación que ha adquirido el artificioso "practicismo" exigido por las más importantes fuentes de financiamiento, lo que desnaturaliza por completo la labor de los científicos sociales, devenidos en incompetentes social workers a cuyo cargo supuestamente deberían encontrarse los sectores más vulnerables y explotados de nuestras sociedades; y (e), por último, las lamentables consecuencias que se desprenden del ciclo "gi-go" (garbage in, garbage out ["entra basura, sale basura"]) resultante de las condiciones adversas bajo las cuales se realiza la investigación y la docencia en el campo de las ciencias sociales: presupuestos insuficientes, bajos salarios, urgencia en obtener los resultados, etc., todo lo cual condiciona negativamente la calidad de nuestra producción intelectual.

El talante antiteórico de nuestra época salta a la vista cuando se lo compara con el esplendor que exhibía el clima intelectual europeo hace un siglo atrás, y del cual la obra de Henry S. Hughes nos brindara un fresco inolvidable (1961). En los albores de nuestro siglo los nombres de Weber, Durkheim y Marx –a los que podría agregarse una larga lista de distinguidos teóricos como Simmel, Toennies, Pareto, Freud, etc.– eran punto de referencia obligada en el quehacer de la sociología, y su influencia ha logrado proyectarse, pese a su declinante gravitación, hasta nuestros días. Por el contrario, en fechas más recientes se comprueba la desaparición sin dejar rastros de lo que C. Wright Mills denominara "la gran teoría". No sólo la síntesis parsoniana cayó en el olvido: las teorías alternativas que competían con ella no corrieron mejor suerte. No hablemos de la obra de Pitirim Sorokin, cuya farragosidad y estéril enciclopedismo la condenaron a una muerte prematura; lo mismo ocurrió con la teorización de George Homans y Robert K. Merton. En la ciencia política, una disciplina que en los 30 treinta años ha estado crecientemente expuesta a la insalubre influencia de la economía neoclásica, la crisis teórica adquirió la forma de una irresponsable liquidación de la tradición de la filosofía política y de una desenfundada "huida hacia adelante" en pos de una nueva piedra filosofal: los microfundamentos de la acción social. Estos revelarían, en su primigenia amalgama de egoísmo y racionalidad, las claves profundas de la conducta humana con abstracción de las circunstancias históricas, factores estructurales o tradiciones culturales que pudieran condicionarla. En uno y otro caso, tanto en la sociología como en la ciencia política los

resultados fueron decepcionantes.

Las consecuencias de esta infortunada situación se reflejan en la progresiva marginación que la enseñanza de la teoría social está sufriendo tanto en las grandes universidades del mundo desarrollado como en los países de la periferia. En la economía, por ejemplo, este proceso de disolución teórica se encuentra muy avanzado, a grado tal que muchos de los mejores programas doctorales de las principales universidades norteamericanas ya abandonaron la enseñanza de la historia de las doctrinas económicas, supuestamente por inservibles. El tragicómico resultado de todo esto es que los jóvenes doctorandos –cuya edad promedio ha descendido notablemente en los últimos 20 años– adquieren una pobrísima y sesgada formación teórica que difícilmente trasciende los límites de los papers y libros publicados a partir de la década del ochenta. La mayoría desconoce la obra de Smith, Ricardo y Marx; y sólo excepcionalmente han trabajado algunos textos de figuras tales como Marshall, Jevons, Walras, Pigou y Robinson. Hasta el mismísimo Keynes –para no hablar de Sraffa– es vagamente imaginado como un monstruo antediluviano que poblaba el confuso y oscuro universo previo a la aparición de la econometría. Para estos futuros económetras –muchos de los cuales habrán de tener una decisiva importancia práctica como funcionarios de gobiernos, expertos de consultoras y grandes bancos transnacionales, o técnicos de organismos tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional– lo que se denomina "teoría" no es otra cosa que el conjunto de ideas convencionales desarrolladas en los papers publicados por sus profesores –si bien empaquetadas en teoremas hiper-matematizados– y que guardan una remota relación con los problemas reales de la economía. Las quejas recurrentes de empresarios y funcionarios gubernamentales acerca de la inutilidad de la teoría económica para predecir acontecimientos tan espectaculares como la "crisis del tequila" a fines de 1994 y la del Sudeste Asiático de mediados de 1997 –tan sólo para referirnos a dos de los ejemplos más recientes– hablan bien a las claras de las insalvables limitaciones de modelos teóricos que, en el horno incandescente de la historia, persisten en su equívoco de creer que la elegancia matemática de su formulación garantiza la riqueza sustantiva y la profundidad de sus proposiciones.

Claro está que una situación como la descrita más arriba no es sólo privativa de la economía. También se observa en la sociología y la ciencia política. En la primera el derrumbe del "estructural-funcionalismo" y el imponente edificio teórico elaborado por Talcott Parsons desde mediados de los años treinta dejó tras de sí un inmenso vacío que aún no ha sido cubierto. La "gran teoría", construida a imagen y semejanza del triunfante capitalismo norteamericano de posguerra, exaltaba el "consenso sobre los valores fundamentales" que según Parsons predominaba en Estados Unidos de los años cincuenta, minimizaba sus tensiones y fracturas estructurales y postulaba, en una mezcla de ingenuidad y conformismo, un futuro concebido como la eterna prolongación de tan idílico presente norteamericano de la posguerra. La propia historia de Estados Unidos en la segunda mitad de este siglo se encargó de arrojar por la borda tales ilusiones. Y en América Latina, las expectativas optimistas que la sociología y la ciencia económica de esos años anticipaban para nuestros pueblos: desarrollo económico, expansión de las clases medias, democracia política –en suma, una maravillosa "norteamericanización" de América Latina– fueron barridas impiadosamente por el vendaval de la historia. Lamentablemente, la crisis de la teoría hegemónica significó, lisa y llanamente, el abandono de toda pretensión de teorizar a la sociedad en su conjunto. Ante tal situación, la sociología buscó refugio en una autodestructiva "ultraespecialización" que le permitió estudiar el árbol ignorando la presencia del bosque (Wallerstein, 1998, pp. 50-51).

En la ciencia política la situación no ha sido más reconfortante. Basta recordar el auge y la estrepitosa caída de la llamada behavioral revolution y de los absurdos intentos –comandados por un teórico de la talla de David Easton, nada menos– de "expulsar" los conceptos de poder y estado del dominio de la ciencia política debido a su supuestamente incurable ineptitud para aprehender y mensurar con precisión los fenómenos de la vida política contemporánea. La famosa systems theory que, tras las huellas de Parsons, Easton construyera en los años cincuenta no corrió mejor suerte que la de su inspirador. En años más recientes Adam Przeworski certificaba la crisis y el desconcierto teóricos de la ciencia política con su sorprendente incapacidad para anticipar acontecimientos tales como la caída de las "democracias populares" de Europa del Este. A juicio de Przeworski esto constituyó un "asombroso fracaso de la ciencia política", análogo en su magnitud e implicaciones con la

ineptitud de la teoría económica dominante para predecir algunos de los eventos más significativos de los últimos años (1991, p. 1). Pese a ello en la ciencia política se ha persistido en una tendencia que nos parece suicida: por una parte, la acelerada asimilación del arsenal metodológico de la economía neoclásica, reflejada en el auge abrumador de las teorías de la "elección racional"; por la otra, el insensato abandono de una tradición de reflexión filosófico-política que tiene 2500 años y que, a diferencia de las corrientes de moda en estos días, se ha caracterizado por su persistente focalización en torno a lo relevante y a lo significativo. En síntesis: la construcción teórica aparece cada vez con mayor frecuencia como una empresa fútil y superflua.

Génesis de la presente crisis

Uno de los esfuerzos más rigurosos y fecundos para diagnosticar la naturaleza de la crisis de las ciencias sociales a fines del siglo xx se encuentra en el llamado Informe Gulbenkian. Este trabajo fue la obra de un distinguido grupo de científicos entre los cuales seis pertenecían al campo de las ciencias sociales; otros dos procedían de lo que con una terminología un tanto obsoleta, según lo prueba el propio Informe, podrían denominarse como "ciencias duras", mientras que los dos restantes provenían de las humanidades. La dirección intelectual del proyecto recayó sobre Immanuel Wallerstein, y a lo largo de sus páginas se pasa revista a algunos de los hitos más importantes en el desarrollo de las ciencias sociales desde el siglo xviii hasta la actualidad.

Dado que el Informe se refiere a algunos temas centrales para nuestro argumento y que el mismo ha sido ampliamente difundido lo utilizaremos como un punto de referencia básico de nuestra discusión. Es preciso decir, antes que nada, que en líneas generales coincidimos con el diagnóstico y —si bien con algunas reservas que serán expuestas más adelante— con los aspectos propositivos del Informe. Quisiéramos, en todo caso, sugerir la necesidad de contemplar algunos matices que a nuestro juicio nos parece que no cobran suficiente relieve en su redacción y que podrían eventualmente representar direcciones prometedoras para el avance de la teoría social en el siglo venidero.

Simplificando un argumento que en el Informe se explicita muy cuidadosamente, podría decirse que la génesis del presente desasosiego de las ciencias sociales se remonta a la crisis de un modelo de ciencia: aquél que se vino gestando desde el siglo xvi y que cabría denominar como el paradigma "newtoniano/cartesiano". El componente "newtoniano" aportaba una idea fundamental para la labor científica: el supuesto, por largo tiempo evidente e indiscutido, de que entre el pasado y el futuro existía una absoluta simetría. De este modo se podían establecer certezas imprescindibles para las nascentes ciencias de la naturaleza puesto que todo el universo de la creación parecía suspendido en un eterno e imperturbable presente, a la espera del científico que llegase a develar sus secretos. La visión "cartesiana", por su parte, complementaba y reforzaba lo anterior al postular un dualismo insalvable entre el hombre y la naturaleza, entre la materia y el espíritu, entre el mundo físico y el espiritual. Dentro del perímetro definido por estas dos coordenadas habrían de constituirse, siglos más tarde, las ciencias sociales (Wallerstein, 1996, p. 2).

Este modelo de ciencia, sobre el cual se sustentó el desarrollo de las ciencias sociales desde el siglo xviii, ha entrado en crisis. En efecto, el paradigma tradicional comenzó a ser fuertemente cuestionado ya desde los años sesenta, si bien los orígenes más remotos de esta impugnación se proyectan hasta finales del siglo pasado. Dos innovaciones producidas en las ciencias físicas y las matemáticas son identificadas por el Informe Gulbenkian como de especial importancia por su impacto sobre las ciencias sociales: por una parte, la crisis de la epistemología nomotética en el propio campo de las "ciencias duras"; en segundo lugar, los nuevos desarrollos teóricos que en estas disciplinas "han subrayado la no-linealidad sobre la linealidad, la complejidad sobre la simplificación y la imposibilidad de remover al observador del proceso de medición y [...] la superioridad de las interpretaciones cualitativas sobre la precisión de los análisis cuantitativos" (1996, p. 61). En suma, termina diciendo el Informe que "las ciencias naturales han comenzado a parecerse mucho más a lo que por mucho tiempo había sido despreciado como 'ciencias blandas' que a aquello que fuera considerado como 'ciencias sociales duras'" (1996, p. 61).

Esta situación no sólo puso en crisis los supuestos medulares de la teoría social del mainstream y sus premisas epistemológicas positivistas sino que también contribuyó a erosionar ciertos principios fundantes de la organización de las ciencias sociales, principalmente su fragmentación en "disciplinas" independientes y compartimentalizadas y los criterios de su "profesionalización". Los perfiles principales de esta crisis fueron sintetizados con total precisión en la conferencia que Immanuel Wallerstein pronunciara en la sesión inaugural de este congreso. Para Wallerstein la "cultura de la sociología" —es decir, el conjunto de axiomas, premisas y supuestos de distinto tipo que estructuran a la sociología como un saber especializado— se enfrenta hoy a seis desafíos que si bien no constituyen necesariamente verdades irrefutables "plantean demandas creíbles y verosímiles para que los académicos reexaminen sus premisas" (1998, p. 18). El precio que podría tener que pagarse por ignorar estos desafíos es demasiado elevado como para incurrir en actitudes autocomplacientes. Brevemente, los desafíos en cuestión se refieren a la incorporación de la herencia freudiana en las ciencias sociales, la cuestión del eurocentrismo, la construcción social del tiempo (Braudel), la cuestión de la complejidad (Prigogine), el feminismo y, por último, la modernidad.

Es oportuno subrayar, llegado a este punto, que la exhortación que Wallerstein formula a los sociólogos y la recomendación que propone, en el sentido de reconstruir una ciencia social que ponga fin a la artificial fragmentación prevaleciente, debe también ser oída con mucha atención por economistas y politólogos. Sería una muestra de arrogancia irracional pretender que el ejercicio de autocritica a que invita Wallerstein carece de sentido en estas disciplinas. Sólo un espíritu increíblemente obcecado y dogmático podría negar la profundidad de la crisis que afecta a la economía neoclásica, que marcha alegremente hacia su eventual dilución en una especie de técnica contable carente de vuelo y perspectivas. Y no se trata tan sólo de comprobar el abismo insondable que separa la visión amplia —sociológica, histórica y filosófica, además de económica— de un Adam Smith, por ejemplo, con la de algunos de los premios Nobel de nuestros días, merecedores de tal distinción por haber pergeñado artificiosas fórmulas matemáticas para diseñar instrumentos con los que los operadores financieros pueden estimar los precios de los junk bonds, los derivados y las acciones en lo que algunos economistas respetuosos de la tradición clásica denominan como casino capitalism. No hace falta ir tan lejos: la decadencia de la teoría económica se comprueba simplemente contrastando los artículos publicados en la *American Economic Review* hace unos 50 años, cuando los economistas todavía se ocupaban —como Joseph A. Schumpeter, para poner un brillante ejemplo— de los problemas del mundo real, con las banalidades matematizadas que se publican cual si fueran productos científicos en nuestros días. Por ejemplo, complejos razonamientos altamente formalizados y modelizados para tratar de entender por qué la tasa de ahorro es tan baja en los países subdesarrollados, en donde el prolijo manejo de tres o cuatro variables cuantitativas soslaya el hecho elemental de que aproximadamente la mitad de la población mundial sobrevive con ingresos equivalentes a un dólar norteamericano por día, con lo cual pese a los esforzados consejos de los economistas neoclásicos las esplendorosas posibilidades de decidir cómo y en qué ahorrar y dónde invertir se esfuman en un abrir y cerrar de ojos. O disparates como los que dijera Gary Becker, premio Nobel de Economía en una reciente visita a la Argentina, cuando afirmó que la desocupación —que en ese momento afectaba al 18 % de la población económicamente activa— era un falso problema que sólo reflejaba la obstinación de los trabajadores —alentada por sus corruptas dirigencias gremiales— en negarse a trabajar por un salario de 100 dólares mensuales. Cuando alguno de los presentes le recordó que debido a la sobrevaluación de la moneda local el costo de vida en la Argentina era similar al de Estados Unidos y que ninguna persona podía vivir con 100 dólares mensuales, la respuesta del "sabio" fue terminante: "la economía como ciencia nada tiene que decir acerca de cuánto dinero necesita un trabajador para vivir". No es necesario acumular más ejemplos para persuadirnos de la necesidad que la economía tiene de tomar en cuenta las sugerencias de Wallerstein.

El panorama no es menos deprimente si se observa el caso de la ciencia política, donde los alcances de la crisis teórica han llegado a proporciones agobiantes. Esto es particularmente cierto habida cuenta de dos razones principales que deben ser distinguidas pero que se encuentran altamente interrelacionadas. Primero, por tratarse de una disciplina que tiene el privilegio de contar con una venerable y fecunda tradición de discurso de 2500 de antigüedad

pero que en estos momentos se encuentra arrinconada en los márgenes de la profesión. Las causas de esta involución son muchas y de diverso tipo, y no es éste el lugar para examinarlas detalladamente. El auge del behavioralismo fue, sin duda, uno de los factores. El extravío de la filosofía política contribuyó asimismo a su propia decadencia, al expurgar de su seno todo vestigio de pensamiento crítico y resignarse a ser una tediosa y superflua legitimación de las instituciones políticas de la sociedad capitalista, algo que los pioneros del behavioralismo hacían con mayor convicción y con un lenguaje más adecuado a las exigencias de la época. Segundo, porque la ciencia política constituye en el universo de las ciencias sociales el caso más exitoso de "colonización" de una disciplina a manos de la metodología propia de la economía neoclásica. Ni en la sociología ni en la antropología, la historia o la geografía, el paradigma de la "elección racional" y el "individualismo metodológico" ha alcanzado el grado formidable de hegemonía que detenta en la ciencia política, en sus más variadas especialidades, con las consecuencias por todos conocidas: pérdida de relevancia de la reflexión teórica, creciente distanciamiento de la realidad política, esterilidad propositiva. Una ciencia política que muy poco tiene que decir sobre los problemas que realmente importan y que, para colmo, es incapaz de alumbrar el camino en la búsqueda de la buena sociedad. La crisis teórica, en consecuencia, es muy grave. De lo que se trata, entonces, es de ver cuáles podrían ser los caminos que nos permitan superar esta situación. Pero antes será preciso examinar otra cuestión.

La "sensibilidad posmoderna" y la rebelión antiteórica

La crisis teórica de las ciencias sociales obedece también a otro conjunto de factores. En efecto, el debilitamiento del paradigma "newtoniano-cartesiano" no necesariamente tenía que conducir a una situación como la actual si dicho proceso no hubiese confluído con otro, analíticamente distinto pero fuertemente relacionado: el auge del posmodernismo como una forma de sensibilidad, o como un "sentido común" en la acepción gramsciana del término. En un trabajo pionero sobre la materia, Jameson ha definido al posmodernismo como la "lógica cultural del capitalismo tardío", señalando de este modo la estrecha vinculación existente entre el posmodernismo como estilo de reflexión, cánón estético y forma de sensibilidad y la envolvente y vertiginosa dinámica del capitalismo globalizado (1991).

Las teorías de inspiración posmoderna —múltiples y, en ocasiones, contradictorias entre sí— comparten, pese a ello, una serie de supuestos básicos. Debemos subrayar, antes que nada, su visceral rechazo al universalismo propio de la Ilustración y que se expresa en su repudio a cualquier concepción de términos tales como "verdad", "razón" y "ciencia" (Morrow y Torres, 1995, p. 413). Tal como lo planteara David Ford, en un sugerente trabajo: Los conceptos actuales de racionalidad y conocimiento enfatizan la variabilidad histórica y cultural, la falibilidad, la imposibilidad de ir más allá del lenguaje y alcanzar la "realidad", la naturaleza fragmentaria y particular de toda comprensión, la penetrante corrupción del conocimiento por el poder y la dominación, la futilidad de toda búsqueda de fundamentos seguros y la necesidad de un enfoque pragmático para enfrentar estas cuestiones (1989, p. 291).

A lo anterior habría que agregar, siguiendo a Ford, que el así llamado "giro lingüístico" que en buena medida ha "colonizado" las ciencias sociales remata en una concepción gracias a la cual los hombres y mujeres de carne y hueso, históricamente situados, se volatilizan en espectrales figuras que habitan en "textos" de diferentes tipos y que constituyen su gaseosa identidad como producto del interjuego entre una miríada de signos y símbolos heteróclitos. Dado que estos textos contienen paradojas y contradicciones de todo tipo nos enfrentamos ante el hecho de que su "verdad" es indecible, alimentando de este modo el ultrarelativismo del pensamiento posmoderno.

Es innecesario insistir en demasía sobre el hecho de que este ataque radical a la noción misma de verdad comporta una crítica devastadora a toda concepción de la filosofía como un saber comprometido con su búsqueda, el sentido, la realidad o cualesquiera clase de propósito ético como la buena vida, la felicidad o la libertad. Es por esto que Christopher Norris señaló con toda agudeza que, en su apoteosis, el posmodernismo termina instaurando "una indiferencia terminal con respecto a los asuntos de verdad y falsedad" (1997, p. 29) en la medida en que lo

real es concebido como un gigantesco y caleidoscópico "simulacro" que torna fútil y estúpido cualquier intento de pretender establecer aquello que Nicolás Maquiavelo llamaba la *verità effettuale delle cose*, es decir, la verdad efectiva de las cosas. Las fronteras que delimitaban la realidad de la fantasía así como las que separaban la ficción de lo efectivamente existente se desvanecieron por completo con la marea posmodernista. Para la sensibilidad posmoderna, en cambio, la realidad no es otra cosa que una infinita combinatoria de juegos de lenguaje, una descontrolada proliferación de signos sin referentes y un cúmulo de inquebrantables ilusiones, resistentes a cualquier tentativa de la razón encaminada a develar sus contenidos mistificadores y fetichizantes. Como bien observa Norris, la obra de Jean Baudrillard llevó hasta sus últimas consecuencias el irracionalismo posmoderno: "no nos es posible saber" si realmente la Guerra del Golfo tuvo lugar o no, decía Baudrillard, mientras las bombas caían sobre Bagdad (Norris, 1997, p. 29). Siendo la realidad, en consecuencia, un "fenómeno puramente discursivo, un producto de los variados códigos, convenciones, juegos de lenguaje o sistemas significantes que proporcionan los únicos medios de interpretar la experiencia desde una perspectiva socio-cultural dada" (Norris, 1997, p. 21).

Recapitulando: si la crisis paradigmática del pensamiento científico puso en duda la validez de las premisas newtonianas-cartesianas, el ataque del nihilismo e irracionalismo posmoderno agravó considerablemente las cosas toda vez que, ante la incertidumbre de la primera, la única escapatoria que propone el segundo es el liso y llano renunciamiento a toda pretensión de desarrollar una teoría científica de lo social. Quienes adhieren a esta perspectiva, cuyas connotaciones autocomplacientes y conservadoras no pueden pasar inadvertidas para nadie, se refugian en un solipsismo metafísico que se desentiende por completo de la misión de interpretar rigurosamente el mundo y, con más énfasis todavía, de cambiarlo. La famosa "Tesis Undécima" de Marx quedó así, para estos autores, definitivamente archivada.

¿Qué tipo de ciencias sociales?

El diagnóstico precedente exige pensar radicalmente —es decir, desde su propia raíz— las razones del actual malestar en el campo de las ciencias sociales. Llegados a este punto, nos parece pertinente desafiar un supuesto que usualmente es soslayado en buena parte de los análisis dedicados a este tema. En realidad, las ciencias sociales no sólo deben ser enunciadas en plural debido a la multiplicidad de "disciplinas" que las componen sino también debido a que las mismas no se constituyen de la misma manera desde distintos planteamientos teórico-metodológicos. Hay unas ciencias sociales construidas a partir de las premisas del empirismo positivista y que culminan en la constitución de la sociología, la ciencia política, la economía, la antropología y la historia como saberes separados y compartimentalizados; pero hay otra visión de las ciencias sociales, la del materialismo histórico, que propone lo que siguiendo una expresión de Albert Hirschman —un brillante economista de nuestro tiempo, ajeno a los desvaríos de su profesión— denominaba "el arte de traspasar fronteras". De eso se trata, precisamente: de traspasar las artificiales fronteras erigidas entre las distintas disciplinas. Porque, hagamos memoria: ¿Qué era Weber? Wallerstein nos recuerda, en el trabajo ya citado, que el autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* era sumamente renuente a llamarse a sí mismo sociólogo, y que durante la mayor parte de su vida académica prefirió autoidentificarse como "economista político" (1998, p. 6). Pero, ¿quién osaría negarle a Weber títulos como sociólogo, o politólogo? ¿Y su *Historia económica general*, en qué "disciplina" debemos encasillarla? ¿Y qué haríamos con el sesgo fuertemente antropológico de su clásico estudio sobre las religiones antiguas: el judaísmo, el hinduismo y el budismo? Por último: ¿alguien se atrevería a expulsar a Weber del debate político-económico alemán a la vuelta del siglo?

¿Y qué podríamos decir de Marx? Sin duda, su obra se cuenta entre la de los padres fundadores de la economía. Más allá de las irrefutables pruebas que se derivan del análisis de sus principales escritos, centrados precisamente en la crítica de la economía política, existe un cúmulo de detalles —tal vez pequeños, anecdóticos o circunstanciales— que así lo atestiguan. Por ejemplo, de las paredes de la amplia y circunspecta antesala del chairman del Departamento de Economía del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) cuelgan, simétricamente ordenados, una serie de cuadros con fotografías u óleos de las principales figuras de la profesión. Allí encontramos, flanqueado por Adam Smith, David Ricardo y el

pastor Thomas Malthus, la clásica imagen de Marx de finales de la década de 1850, con su flamígera mirada desafiando la ortodoxia de un ámbito no demasiado afecto que digamos a sus teorías. Pero, ¿no hay también una teoría social –de las clases y su conflicto, de la estructura social, de la ideología– también en *Das Kapital*? ¿Y a qué disciplina corresponde El Dieciocho Brumario? ¿A la historia? Por cierto. ¿A la sociología? Sin la menor duda. ¿A la ciencia política? Claro que sí. Tomemos otro caso: Antonio Gramsci, junto con Max Weber, tal vez una de las más grandes cabezas de la teoría social en el siglo xx. ¿Cómo clasificar su análisis de la "cuestión meridional" italiana? Ese pequeño ensayo, una verdadera obra de arte por su concisión y profundidad, es a la vez una obra de economía, al examinar el papel de los aranceles proteccionistas y las estrategias de acumulación capitalista del bloque "industrial-agrario" que tuvo a su cargo la construcción del estado nacional en Italia. Pero también es una aguda radiografía de la estructura social del mezzogiorno, definido como una "inmensa disgregación social" sostenida reticularmente por la pequeña burguesía intelectual. Su análisis del campesinado italiano combina el enfoque macro de una sociología de orientación estructural con la sutileza de la observación antropológica sobre la conciencia de los actores sociales. ¿Y sus análisis sobre la hegemonía y la dominación en el estado moderno, dónde deben ser ubicados? Tales análisis han constituido, sin duda alguna, uno de los aportes fundamentales para la renovación teórica en la ciencia política en la segunda mitad del siglo xx. No sería difícil continuar con esta lista. ¿Qué podría decirse de Wilfredo Pareto, autor del famoso Tratado de sociología y de Los sistemas socialistas? ¿Es economista? ¡Qué duda cabe! Pareto ha sido uno de los grandes economistas de este siglo, y su teoría del equilibrio de los sistemas le ha permitido asociar su nombre a algunos conceptos fundamentales de la economía. Pero también fue un agudo sociólogo y politólogo: su teoría del cambio social y su concepción de la estructura social lo califican plenamente como lo primero, al paso que sus teorizaciones sobre la política, la naturaleza del poder y el significado del régimen democrático constituyen duraderas, aunque incómodas, aportaciones al estudio de estos temas y lo sitúan en un plano destacado entre los politólogos de este siglo. ¿Y Joseph A. Schumpeter? Hizo aportes sustanciales a la teoría económica, pero su concepción de la democracia se encuentra en la base del consenso "minimalista" y "procedimentalista" que hoy predomina entre los politólogos de nuestros días. Podríamos seguir agregando muchos ejemplos con características similares: ¿era Tucídides sólo un historiador? ¿Y qué decir de Alexis de Tocqueville, Montesquieu y Adam Smith?

¿Qué significa todo esto? Que las figuras más importantes de las ciencias sociales, incluyendo por cierto a aquellos que no adhieren a la perspectiva epistemológica del materialismo histórico, han fundado sus contribuciones en su capacidad para "traspasar fronteras" disciplinarias que imponían absurdas restricciones a sus esfuerzos de análisis e interpretación de la realidad social. El empirismo positivista, con sus artificiales e increíbles líneas divisorias entre estado, sociedad y economía; y entre pasado y presente, y con su arbitraria fragmentación del objeto de estudio, ha entrado en una crisis terminal. En el terreno de la filosofía esta crítica comenzó a penetrar en los debates epistemológicos de las ciencias sociales latinoamericanas a partir de finales de los años sesenta, gracias a la obra del filósofo checo Karel Kosik y del español radicado en México, Adolfo Sánchez Vázquez (Kosik, 1967; Sánchez Vázquez, 1971).

Desde la tradición marxista la idea de una pluralidad de "ciencias sociales" siempre fue vista como un tributo a la concepción fragmentadora propia de la visión del mundo de la burguesía y no como el producto de una operación científica. El canon positivista fue correctamente interpretado como una postura metodológica que, en el terreno de la ciencia y el conocimiento, expresaba los intereses y la cosmovisión eminentemente conservadora de una clase que, habiendo transformado y recreado el mundo a su imagen y semejanza, sólo aspiraba a perpetuar su dominación sobre él. Las "afinidades electivas" entre las premisas básicas del positivismo y la visión conservadora de una burguesía que –siguiendo a Hegel, se concebía a sí misma como el último y más elevado peldaño en la evolución de la humanidad– fueron sagazmente identificadas por Michel Löwy. Tal como lo plantea este autor, las palabras de Auguste Comte son de una claridad tal que ahorran todo esfuerzo interpretativo: "el positivismo tiende poderosamente, por su índole, a consolidar el orden público con el desarrollo de una sabia resignación" (1908, T. IV, p. 100).

Esta claudicante actitud del fundador de la sociología hacia los poderes establecidos ayuda a

comprender las razones por las que el positivismo habría de transformarse —¡nada menos que en el siglo de la irrupción de las masas!— en uno de los más preciados aliados ideológicos de los regímenes oligárquicos en América Latina, desde el "porfiriato" mexicano hasta el "roquismo" en la Argentina, pasando naturalmente por el Imperio y la República Velha en el Brasil, en cuya bandera se inscribió el lema político fundamental del positivismo: "Orden y progreso". El positivismo cumplía la función ideológica de "naturalizar" la desigualdad social y la explotación del hombre por el hombre. Esto requería, por supuesto, de una "sabia resignación" que a juicio de Comte no podía ser producto de la tradición o la costumbre, bases inestables para la creación del nuevo orden, sino del "profundo convencimiento de las leyes invariables que rigen todos los diversos géneros de fenómenos naturales" (1908, tomo iv, p. 100).

Tal como sugiere Löwy, el positivismo comteano se funda sobre dos premisas esenciales y estrechamente ligadas entre sí (1975, p. 182).

a) Por una parte, y desde un punto de vista epistemológico, la sociedad debe ser asimilada a la naturaleza. De hecho, no es por casualidad que Comte denomina a la nueva disciplina con el nombre de "física social", queriendo con esto subrayar la identidad profunda entre los supuestos automatismos de la vida social y los que rigen el funcionamiento de los cuerpos físicos. Mediante esta operación, lo social —con sus asimetrías, desigualdades y estructuras opresivas— se "naturaliza" y la "armonía natural" que existe en el reino de la naturaleza se proyecta luminosamente y sin tropiezos sobre la vida social. La armonía espontánea que Adam Smith había descubierto en la vida económica, regida por la sabiduría de la "mano invisible", se expande ahora hasta abarcar la totalidad de la vida social, prefigurando de este modo las nociones de kosmos (como el "orden espontáneo de lo social") y catallaxia (como una síntesis que unifica los intercambios de mercado, los sentimientos de comunidad y la conversión del enemigo en amigo) que en el último cuarto de nuestro siglo desarrollaría Friedrich Hayek en la más audaz tentativa contemporánea de legitimar la sociedad capitalista (1976, pp. 15-33).

b) La segunda premisa del positivismo comteano supera lo estrictamente epistemológico al postular la fundamental identidad entre sociedad y naturaleza: así como ésta se encuentra regida por leyes naturales lo mismo ocurre con la primera. La sociedad obedece en sus movimientos a una legalidad "natural", invariable e inmutable, independiente de la voluntad y la acción humanas. Frente a esta realidad se estrellan los impulsos y las utopías revolucionarias de quienes se empeñan en ignorar esta realidad o, en el lenguaje hayekiano, quienes interfieren irresponsablemente en la serena evolución del "orden natural" de lo social. La Revolución Francesa ha llegado al final de su camino, y su tarea —destruictiva y violenta— debería ser reemplazada por el impecable saber técnico de una benevolente tecnocracia (Wallerstein: 1996, pp. 11-12). Al condenar la futilidad del "negativismo social" la sociología comteana preanuncia un argumento que al promediar el siglo xx irían a desarrollar Friedrich Hayek y otros autores adscriptos al neoliberalismo en su crítica a los mortales peligros del "racionalismo constructivista".

Elementos para una reconstrucción teórica unitaria de las ciencias sociales

En consecuencia, la crisis de las ciencias sociales debe ser replanteada más que nada como la crisis del paradigma positivista de las ciencias sociales. Para esta matriz de pensamiento, de la cual ni siquiera Max Weber logró escapar, la sociedad es concebida como la yuxtaposición de una serie de "partes" diferentes —órdenes institucionales o factores, según el léxico empleado por diversos autores— que en su existencia histórica concreta pueden combinarse de múltiples formas. Si para el positivismo la dinámica social de las distintas "partes" puede reducirse a una legalidad universal —la que permite el tránsito desde la primitiva "solidaridad mecánica" a la "solidaridad orgánica" del capitalismo industrial, como asegura Emile Durkheim— en el caso de Weber las cosas son bien distintas. En efecto, la infinita combinatoria kantiana de variables, circunstancias históricas e individuos hace que el caos de lo social sea irreductible a ningún principio organizativo: de allí el radical rechazo que Weber sintiera tanto por el positivismo comteano como por el reduccionismo economicista del marxismo de la Segunda Internacional —que él lamentablemente confundiera con la teoría de Marx— y su insistencia en afirmar que las clases son fenómenos económicos, los grupos de status creaciones que pertenecen al ámbito de lo "social" y los partidos entidades que se agotan en la escena política. Estos tres órdenes

de factores –compuestos además por miles de aspectos particulares– son los que se conjugan para dar lugar a la historia real, empíricamente observable, y que invalida cualquier tentativa de construir una teoría abstracta y abarcativa de carácter general. Frente a esto sólo queda el recurso de comprender la historia mediante la construcción de ingeniosos "tipos ideales", y ante los cuales aquélla se convierte en una mera sucesión de "desvíos" en relación con un paradigma basado en la completa racionalidad "medios-fines" de los agentes sociales. Paradojalmente, un intelectual de la erudición histórica de Weber concluye su empresa elaborando una teoría social y un sistema conceptual explícitamente divorciados de la historicidad de lo social (1973).

Contrariamente a lo que sostienen tanto el positivismo como la sociología comprensiva, las sociedades no son colecciones de partes o fragmentos aislados caprichosamente organizados por las misteriosas "leyes naturales" del positivismo o por la arbitrariedad de los tipos ideales weberianos. No es éste el lugar para abrir una discusión epistemológica acerca del impacto del fetichismo sobre el pensamiento social a que da origen el advenimiento de la burguesía como clase (Kossik, 1967; Cohen, 1978, pp. 115-133 y 326-344). Sin embargo, conviene recordar la crítica demoledora que Gyorg Lukács formulara a esta tendencia hacia la fragmentación y reificación de las relaciones sociales en su célebre *Historia y conciencia de clase*. Esta cosificación, anota el filósofo húngaro, tuvo como resultado la conformación de la economía, la política, la cultura y la sociedad como otras tantas esferas separadas y distintas de la vida social, cada una reclamando un saber propio y específico e independiente de los demás. En contra de esta operación, sostiene Lukács, "la dialéctica afirma la unidad concreta del todo", lo cual no significa, sin embargo, hacer tabula rasa con sus componentes o reducir "sus varios elementos a una uniformidad indiferenciada, a la identidad" (1971, pp. 6-12). Esta idea, naturalmente, es una de las premisas centrales de la metodología marxista, y fue claramente planteada por Marx en su famosa Introducción de 1857 a los *Grundrisse*: "lo concreto es lo concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto unidad de lo diverso" (1973, p. 101). No se trata, en consecuencia, de suprimir o negar la existencia de "lo diverso" – para utilizar un vocablo muy actual, "la otredad"– sino de hallar los términos exactos de su relacionamiento con la totalidad. Los determinantes sociales y los elementos en operación en cualquier formación social concreta son muchos, pero según Lukács el método dialéctico sostiene que:

La aparente independencia y autonomía que ellos poseen en el sistema capitalista de producción es una ilusión, puesto que están implicados en relaciones dinámicas y dialécticas consigo mismos. Por consiguiente, sólo pueden ser adecuadamente pensados como los aspectos dinámicos y dialécticos de un todo igualmente dinámico y dialéctico (1971, pp. 12-13). De ahí que sea necesario adoptar una metodología que habilite al observador a producir una reconstrucción teórica de la totalidad sociohistórica. Esta perspectiva totalizadora tropieza con la profesionalización y especialización que, tal como queda retratado en el primer capítulo del Informe Gulbenkian, terminan a lo largo del siglo xix por fragmentar el campo de las ciencias sociales y las humanidades en un conjunto de "disciplinas" completamente compartamentalizadas. Estas remiten, supuestamente, a otros tantos "campos" recortados de la realidad que en virtud del nuevo paradigma científico adquirirían vida propia convirtiéndose – gracias a la ilusión del positivismo– en esferas separadas e independientes de la realidad social. Bien ilustrativo es lo ocurrido con la Economía Política, nombre sólidamente establecido en la academia hacia la segunda mitad del siglo xviii. A medida que avanza el siglo y, sobre todo, después de iniciado el siguiente, las teorías liberales prevalecientes en la nueva disciplina van poco a poco velando el carácter "político" de la economía hasta el punto que hacia la segunda mitad del siglo xix la disciplina pasa a denominarse "Economía" a secas. Como bien observan los autores del Informe, la eliminación del adjetivo "política" hizo posible que los nuevos practicantes pudieran sostener que el comportamiento económico era la expresión de invariantes rasgos de una psicología individualista y universal más que un producto de instituciones socialmente construidas e históricamente limitadas. Este argumento, como es fácil de percibir, "pudo de este modo ser utilizado para reafirmar el carácter natural de los principios del *laissez-faire*" (Wallerstein, 1996: p. 17).

Como se comprenderá, de lo anterior se desprende una conclusión contundente: si la ciencia social tiene algún futuro en el próximo siglo, si podrá sobrevivir a la barbarie del reduccionismo economicista característico del neoliberalismo o al nihilismo conservador del posmodernismo –

disfrazado de "progresismo" en algunas de sus variantes— será a condición de que se reconstituya como una empresa unitaria, como una ciencia social capaz de capturar la totalidad. Una totalidad, claro está, distinta a la que imaginan los teóricos posmodernos ante los cuales aquélla es un kaleidoscopio que desafía toda posibilidad de representación intelectual y que se volatiliza bajo la forma de un "sistema" tan omnipresente y todopoderoso que se torna invisible ante los ojos de los humanos. No sólo eso: como bien anota Terry Eagleton, "[H]ay una débil frontera entre plantear que la totalidad es excelsamente irrepresentable y asegurar que no existe", tránsito que los teóricos posmodernos hicieron sin mayores escrúpulos (1997, p. 23).

En consecuencia, el concepto de totalidad que requiere la reconstrucción de la ciencia social nada tiene en común con aquellas formulaciones que la interpretan desde perspectivas "holistas" u organicistas "que hipostasían el todo sobre las partes y efectúan la mitologización del todo". Parecería oportuno recordar las conclusiones de Karol Kossik sobre este tema: "la totalidad sin contradicciones es vacía e inerte, y las contradicciones fuera de la totalidad son formales y arbitrarias". A lo que agrega que la totalidad es abstracta si no considera simultáneamente a "la base y la superestructura" en sus recíprocas relaciones, en su movimiento y desarrollo; y, finalmente si no se tiene en cuenta que son los hombres y mujeres concretos, "como sujetos históricos reales" quienes crean en el proceso de producción y reproducción social tanto la base como la superestructura, construyen la realidad social, las instituciones y las ideas de su tiempo, y que en esta creación de la realidad social los sujetos se crean y recrean a sí mismos como seres históricos y sociales (Kossik, 1967, p. 74).

Crisis del determinismo, incertidumbre y caos en la teoría social: comentarios finales

Habida cuenta de los anteriores planteamientos convendría ahora formular algunas observaciones. En primer lugar para registrar nuestro beneplácito con las orientaciones del pensamiento científico más avanzado de nuestro tiempo. Estas no hacen sino confirmar la validez de algunas premisas metodológicas centrales del materialismo histórico, que habían sido tradicionalmente negadas por el mainstream de las ciencias sociales y que ahora, gracias a los desarrollos epistemológicos acontecidos en el campo de las "ciencias duras", son revalorizadas y recuperan una inesperada actualidad. En efecto, la crítica a la linealidad de la lógica positivista; a la simplificación de los análisis tradicionales que reducían la enorme complejidad de las formaciones sociales a unas pocas variables cuantitativamente definidas; a la pretensión empirista compartida por la misma sociología comprensiva de Max Weber, de la "neutralidad valorativa" de un observador completamente aislado del objeto de estudio; y la insistencia clásica del marxismo en el sentido de procurar una interpretación cualitativa de la complejidad superadora de las visiones meramente cuantitativistas han sido algunos de los rasgos distintivos de la crítica que el marxismo ha venido efectuando a la tradición positivista desde sus orígenes. Conviene tomar nota de esta tardía pero merecida reivindicación. El segundo tema lo quisiéramos formular como una reflexión y un interrogante: ¿hasta qué punto la teoría del caos constituye una dirección prometedora para superar las actuales dificultades a las que se enfrenta la teoría social? El argumento que se esboza en el Informe Gulbenkian parte de la constatación de la crisis de los modelos determinísticos en las ciencias naturales ocasionadas por la convicción de que "el mundo es mucho más inestable y complejo, y en el cual las perturbaciones juegan un papel sumamente importante" (Wallerstein, 1996, p. 62). Lo anterior no implica negar la validez de la física newtoniana; pero afirma que los sistemas estables —reversibles temporalmente— de la ciencia newtoniana representan tan sólo un caso especial, un segmento limitado de la realidad. Sirve para comprender el equilibrio de los sistemas, o las situaciones cercanas a él, "pero no para los sistemas alejados del equilibrio, y estas condiciones son cuando menos tan frecuentes, si no más, que la de los sistemas en equilibrio" (1996, p. 62).

Si bien estas aseveraciones significan una radical y prometedora apertura epistemológica en relación con el modelo de ciencia tradicional, sería conveniente que las ciencias sociales evitasen reiterar errores del pasado —como ocurriera con el auge del positivismo— admitiendo acríticamente planteamientos y formulaciones desarrollados en contextos científicos que remiten a objetos de estudio y tipos de abordaje metodológico carentes de relevancia en el terreno de lo social. No por casualidad hasta el momento no se dispone de ninguna aplicación

sistemática de las orientaciones heurísticas emanadas de la teoría del caos para la explicación de algún proceso social concreto. No se trata aquí de negar el papel que los elementos "caóticos" podrían haber jugado en los inicios remotos de la sociedad humana. Éste es un asunto que está fuera de nuestro alcance examinar y que, casi con seguridad, jamás podrá ser seriamente estudiado. Pero lo que sí parece suficientemente confirmado es que, una vez constituidas, las sociedades humanas han demostrado una serie de regularidades tanto en sus estructuras como en los itinerarios de su evolución histórica que las sitúa mucho más cerca de una condición de equilibrio –no en el sentido parsoniano del término ni en su versión neoclásica, por supuesto– que del extremo del caos. Se torna sumamente difícil comprender la dinámica de los modos de producción feudal o capitalista en virtud de la productividad del caos. Antes bien, el cuidadoso examen de muy diversas sociedades indica que en su evolución ellas siguieron trayectorias y comportamientos que, en líneas generales, se ajustaron bastante cercanamente a las estipulaciones de ciertos modelos teóricos. Una teoría inspirada en los modelos del caos difícilmente podría dar cuenta de las previsibles y sistemáticas tendencias que la sociedad capitalista exhibe, bajo todo tipo de condiciones, en materia de concentración de riqueza, rentas e ingresos, por ejemplo; o explicar, valga la redundancia, el "caos urbano" de África y América Latina como resultante del influjo de impredecibles y desconocidas perturbaciones. En suma: la utilidad de la teoría del caos parecería bastante limitada en los estudios sociales. Quizás pudiera ser de una cierta importancia en el análisis de situaciones extremas y de muy corta duración, como por ejemplo cierto tipo de catástrofes naturales como los terremotos o los aludes. Sin embargo, la literatura que ha surgido en torno al terremoto de la Ciudad de México de 1985 muestra que lo que se "caotizó" fue el decrepito y corrupto estado priísta y que, superado el shock inicial, la sociedad se puso en movimiento, reconstituyó sus tejidos asociativos y se dio a la tarea de auxiliar a las víctimas y prestar ayuda a los sobrevivientes de una manera que para nada obedecía a las estipulaciones de un modelo de caos.

Por otra parte, es cierto que la insistencia de Ilya Prigogine en el carácter abierto y no predeterminado de la historia es un útil recordatorio para los dogmáticos de distinto signo, tanto los supuestamente marxistas que creen en la inexorabilidad de la revolución y el advenimiento del socialismo, como los neoliberales que con el mismo empecinamiento celebran "el fin de la historia" y el triunfo de los mercados y la democracia liberal. La historia presenta coyunturas en donde se abren oportunidades a la vez que se clausuran otras. En los años finales de su vida, conmovido por la caída del Imperio alemán y el triunfo de la revolución en Rusia, Weber acuñó una fórmula que conviene recordar en una época como la nuestra, tan saturada por el triunfalismo neoliberal: "sólo la historia decide". Pero sería un acto de flagrante injusticia olvidar que fue el propio fundador del materialismo histórico quien una y otra vez puntualizó el carácter abierto del proceso histórico, más allá de las distorsiones que su pensamiento habría de sufrir a manos de sus simpatizantes y codificadores. Para Marx lo concreto era lo concreto precisamente por ser la síntesis de múltiples determinaciones y no el escenario privilegiado en el cual se desplegaba la potencia creadora de los factores económicos. Fue por eso que Marx –un autor sin cuya recuperación intelectual será imposible reconstruir la ciencia social que necesitamos– sintetizó su visión no determinística del proceso histórico cuando pronosticó que en algún momento de su devenir las sociedades capitalistas deberían enfrentarse a un dilema de hierro: "socialismo o barbarie". No había lugar en su esquema teórico para "fatalidades históricas" o "necesidades ineluctables" portadoras del socialismo con independencia de la voluntad de los hombres y mujeres que constituyen una sociedad. Las observaciones de Prigogine deben ser bienvenidas porque no hacen sino ratificar, desde una perspectiva completamente distinta y desde una reflexión originada en las "ciencias duras", las importantes anticipaciones teóricas de Marx.